

EL HISPANISMO *en* GRAN BRETAÑA

Por WILLIAM C. ATKINSON

EL hecho de que las Naciones Unidas estén integradas hasta una tercera parte por los pueblos de la América Latina, subraya como nunca la importancia de los estudios hispánicos. La Gran Bretaña, que recuerda con orgullo el papel que desempeñó en la independencia de esos pueblos, ha seguido desde entonces acá cultivando las más estrechas relaciones políticas y económicas. Las relaciones culturales, como actividad organizada en el nivel de los estudios superiores, son fenómeno relativamente nuevo, pero de muy buen agüero. Como síntomas podemos indicar la publicación en 1941, por el prestigioso Real Instituto de Asuntos Internacionales de Londres, de una «Bibliografía de Latino-América», añadiendo el detalle de que, al caer ésta en manos del bibliotecario de cierta Universidad escocesa, encargó en seguida la totalidad de las obras allí incluidas; pedido, sin duda, el mayor que registran los quinientos años de vida de dicha biblioteca. Esto en lo menor; y en lo mayor, señalemos la fundación, dos años más tarde, del Consejo Hispánico con su gemelo el Consejo Luso-Brasileño, dedicados los dos a fomentar la mutua comprensión, y que desde su sede londinense, Canning House, son llamados a impulsar poderosamente el conocimiento,

primero, y la investigación después, en un campo que ya se impone en nuestro horizonte cultural.

La historia del hispanismo en la Gran Bretaña, sobra decirlo, no es cosa de ayer. Solución de continuidad sí ha habido desde los tiempos del profesorado en Oxford del gran valenciano Juan Luis Vives; pero una alcurnia que remonta hasta 1828, fecha del discurso inaugural de Antonio Alcalá Galiano como profesor de español en la Universidad de Londres, no es nada despreciable. Y siempre hay que tener en cuenta, al lado de las actividades propiamente académicas, la vena, tan rica en la historia cultural de Inglaterra, de la erudición extrauniversitaria. Los ingleses de todos los tiempos, no sólo han sido incansables como viajeros y exploradores; sus viajeros y exploradores han sido a menudo maestros también en el manejo de la pluma, cultivadores incansables e insignes de las letras. De donde deriva una doble contribución al hispanismo en su sentido más amplio: las grandes narraciones de viajes, de tanto valor para la historia social y política (diganlo las cartas de los hermanos Robertson, de hace un siglo, que acababan de publicarse, traducidas al español, en Buenos Aires, o los documentos personales dejados por los voluntarios británicos en la lucha por la independencia, cuya publicación se está proyectando actualmente en Bogotá), y la labor admirable de tanto aficionado que, viéndose en un país extranjero, se ha convertido en verdadero embajador cultural. De éstos son todo el linaje, desde Fanshawe hasta Burton, que tanto han hecho por los estudios camonianos, y es tradición que persiste hasta hoy en pleno vigor. Baste citar los nombres de Aubrey Bell, para Portugal, y para el Nuevo Mundo, del inolvidable Cunninghame Graham o de Walter Owen. En lo histórico, las obras de un Martin Hume siempre impondrán respeto. Todo esto es hispanismo, y de pura cepa.

Pero volvamos a las Universidades. De las cátedras de español hoy existentes, la primogénita es la de Liverpool, dotada en 1909 por un valiente capitán de barco cuyas «luengas peregrinaciones» le habían permitido apreciar la importancia actual y en potencialidad, para Inglaterra y para el mundo, de los pueblos hispánicos. (Y aquí

intercalemos una palabra aclaratoria. «Cátedra», en inglés, significa muy otra cosa que un curso o cursillo dado por un profesor, que puede tener otras múltiples actividades y hasta otras muchas cátedras: es un Instituto, un departamento de los varios que integran una Facultad universitaria, y cuya dirección monopoliza el tiempo y atención del «catedrático». Sólo es catedrático el que tiene a su cargo tal Instituto.) Y esta primogenitura de Liverpool se ha revestido con el tiempo de un prestigio indisolublemente asociado con dos nombres conocidos por el mundo hispánico. La *Historia de la Literatura española*, de Fitzmaurice-Kelly, hizo fama hasta en las Universidades españolas. Allison Peers, no sólo es autor de obras de gran peso sobre el misticismo y el romanticismo español: fundó, y a través de veintitrés años ha venido dirigiendo, el *Bulletin of Spanish Studies*, nuestra única revista, dedicada exclusivamente a los estudios hispánicos. A Liverpool siguió Londres, con la creación, en 1916, en plena guerra mundial, de la cátedra «Cervantes», a la que fué trasladado luego Fitzmaurice-Kelly, y en 1917, con apoyo del Gobierno portugués, de la cátedra «Camoens», de estudios portugueses, que vino a dirigir el eminente lusófilo e historiador Edgar Prestage.

Fué, en efecto, la primera guerra mundial la directamente responsable del vigoroso empuje que poco después cobraron los estudios hispánicos en la Gran Bretaña. Entró, en parte, el colapso de la posición privilegiada, gozada hasta entonces por el alemán, al que siguió otro parcial colapso, debido no menos al curso de la guerra, de los estudios rusos, que habían venido a llenar el hueco. Pero entró para mucho más el reconocimiento, que el más lerdo ya no podía esquivar, de que, con este sexto continente de la América latina era preciso estrechar los vínculos, en nombre no sólo del comercio, sino de la reconstrucción económica de un mundo lacerado por la guerra, en nombre de la paz, en nombre, por fin, de la solidaridad humana. Y para esto se imponía, en primer lugar, intensificar el estudio de las lenguas llaves del Nuevo Mundo: el español y el portugués. Consecuencia fué la creación de nuevas cátedras de español, en Glasgow primero, luego en Oxford y Cam-

bridge, y de lectorados en las demás Universidades; así que ya no son sino dos o tres, de las dieciséis del país, las que no abarquen lo español en su programa de estudios. Y reflejo no menos de este nuevo interés es el auge constante que viene experimentando el español en las escuelas secundarias; en muchas es el primer idioma extranjero que estudian los escolares. No deja de ser sugestivo y rico en posibilidades este hecho de una nueva generación que, al abrirse a la contemplación del gran mundo que les rodea, encuentra su primer punto de referencia en lo hispánico.

El lector se habrá fijado en que estas nuevas cátedras y departamentos son cátedras y departamentos, en un principio, de español. Ahora bien: haciendo la comparación con los demás idiomas modernos, se ve que no existe verdadero paralelismo. Una cátedra de francés se ocupa de Francia, de la lengua y literatura francesas. El catedrático de alemán limita su enseñanza al alemán y a Alemania. Con el español no es viable este criterio. Dentro de España son tres, hasta cuatro, las lenguas: el castellano, el catalán, el vascuence y el gallego, y dos, por lo menos, las literaturas. Y todo estudiante de España habrá hecho la comprobación de que, tarde o temprano, se impone el ensanchar el campo de observación hasta abarcar también a Portugal. Y, llegado a esto, resulta un contrasentido pensar en estudiar la actuación histórica, la contribución civilizadora de la Península, excluyendo su obra máxima, o sea la prolongación de dicha civilización a todo un continente allende el mar. Así tenemos que, no habiendo todavía sino una sola cátedra de portugués en la Gran Bretaña, la ya aludida de Londres y ni siquiera una de estudios hispanoamericanos, se ha iniciado tiempos atrás una fuerte tendencia a ampliar, y hasta a veces a rebautizar, las cátedras de español, haciendo de ellas Institutos de Estudios Hispánicos, cuyo interés se extiende por igual a todo el mundo hispánico. Así, en el Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de Glasgow, en donde, desde su fundación, se han venido dictando cursos de catalán y de portugués para los alumnos avanzados, acaba de crearse un lectorado de estudios hispanoamericanos. Las cátedras de portugués y de estudios hispanoamericanos vendrán con

el tiempo. Entre tanto, y pese a las dificultades de dotar a los departamentos existentes de un personal docente adecuado a un cometido sin igual, la etapa actual representa, con todo, un desarrollo lógico, y tiene la gran ventaja de acentuar, no lo diferencial, lo discordante, sino lo unitario de una civilización común.

Sirve, además, para enfocar un problema. En toda actividad cultural de esta naturaleza existe una finalidad, aunque no se formule más que como esperanza de reciprocidad. La contrapartida de una cátedra de francés en Inglaterra es una cátedra de inglés en Francia. Sólo así pasa la labor de enseñanza y de erudición a ser labor también de civilización y de paz. Por eso hemos dicho que por la fuerza han de crearse, y pronto, cátedras de estudios hispanoamericanos en las Universidades británicas. Lo que más difícil parece, dada la actual organización de éstas, es que llegue a haber cátedras ligadas a la historia y cultura de determinados países latinoamericanos. No existiendo el concepto de «cátedra libre», toda nueva asignatura debe justificarse con referencia, en parte, a la demanda que exista por ella; en parte, a su riqueza intrínseca como materia de estudios superiores, que debe soportar la comparación con otras asignaturas, a las cuales figurará como alternativa una vez admitida en la descripción que se le exige al estudiante. Y visto que en las cátedras de lenguas modernas, en toda Universidad británica, se carga mucho la lingüística histórica y la literatura medieval, parece indicado que en la nueva disciplina que estamos discutiendo la solución a ambos reparos se busque en el sentido de una compensación especial a lo que falta en lo temporal. De todos modos, la segunda etapa, si no la última, habrá de consistir, como ya dijimos, en la creación de cátedras de estudiantes hispanoamericanos.

Y ya que tocamos en la organización de las Universidades británicas, apuntemos un aspecto, no siempre bien comprendido en el extranjero. Las lenguas modernas tardaron bastante en abrirse camino en ellas. La legendaria insularidad del inglés, que le imponía para el estudio de otros idiomas, respaldada por una supuesta incapacidad para dominarlos, hizo que dichos estudios quedasen en un principio en manos de extranjeros; y, en efecto, es incalculable

la parte a ellos debida del estado floreciente que hoy día revelan. Pero por dos razones fácilmente apreciables, esta tradición se ha revisado ya de raíz. De un lado, la estructura y funcionamiento de la Universidad inglesa difieren profundamente de los de otros países, sobre todo de los países latinos —ya tocamos en ellos al definir la palabra «cátedra»—, y la asimilación al nuevo ambiente del profesor de formación extranjera ha resultado, por lo general, empresa difícil. Del otro, ninguna disciplina universitaria puede atraer a los mejores intelectos si empieza negándoles la satisfacción de su más legítima ambición: la de alcanzar un día una carrera dentro de la misma. Así, que, una vez deshecha la especie aludida de que el inglés no servía para lenguas, estas disciplinas han venido justificándose en razón precisamente —una razón entre varias— de los alumnos que ha formado, y cuya erudición les ha llevado, con el tiempo, a la dirección de las mismas; y es, en consecuencia, caso insólito hoy el ver nombrado a un extranjero para tal cargo. Debajo del catedrático, en la categoría de lectores y ayudantes, la cosa es distinta, y lo corriente es que haya uno, por lo menos, de la nacionalidad respectiva encargado, cuando menos, de los trabajos prácticos del idioma. Tales cargos suelen ser de duración limitada.

El laboratorio del estudiante de otra cultura es la biblioteca. Desde este punto de vista, la distancia en el tiempo dificulta menos que la distancia en el espacio. Para el estudiante de la civilización griega, su materia prima son textos que han venido editando y reeditándose a través de los siglos hasta estar ya al alcance de cualquiera. Para el estudiante de la civilización latinoamericana, los materiales son los libros que salen, día tras día, los más de ellos por vez primera, de las editoriales de veinte países. Entre el publicarse tal libro y el darse uno cuenta en Europa de que ha salido median meses; entre el darse cuenta y el conseguirlo median más meses. Este problema, en la dirección Inglaterra-Latino-América, ya puede decirse más que medio solucionado gracias al servicio de libros ingleses montado por el Consejo Británico a través de los muchos institutos culturales con él afiliados que existen en los distintos

países. En el sentido Latino-América-Inglaterra, poco o nada se ha hecho hasta la fecha. Es un campo en que la iniciativa oficial, llevándose a la acción mediante, tal vez, el agregado cultural de la Embajada o Legación londinense, arrojaría dividendos del todo desproporcionados al gasto y estimularía grandemente los estudios universitarios.

Y quizá influya aún más el espacio cuando pasamos del laboratorio a las labores de exploración «un situ». El conocer directamente a España y a Portugal siempre ha sido relativamente fácil para alumnos y profesores ingleses. No existe con dichos países el sistema mediante el que el alumno de francés de una Universidad británica suele, mediada la carrera, pasar un año en un liceo francés como profesor de inglés; pero ya antes de la guerra civil en España existían otras posibilidades. Entre las Universidades escocesas y las españolas existen unas becas de intercambio, dotadas por el malogrado ex canciller de la Universidad de Glasgow, fundador de la cátedra de español en ésta y grande entusiasta por todo lo hispánico, Sir Daniel Stevenson, gracias a las cuales se mantenía un constante flujo y reflujo entre los dos países; es actividad ésta que sólo espera la vuelta a la normalidad para reavivarse. En Portugal, el Instituto para Alta Cultura ofrece becas análogas para estudiantes británicos, y otro tanto está haciendo, desde el año en curso, a base de reciprocidad, la Junta de Relaciones Culturales de Madrid. Y cuando no bastaran estos recursos, todavía resultaba posible para muchos el costear por cuenta propia los gastos de viaje y manutención.

Con la América Latina, el problema cambia enormemente de cariz. La travesía del Atlántico, las tremendas distancias internas una vez llegado a suelo americano, lo subido del costo de la vida, todo esto imposibilita, lo mismo al profesor que al estudiante británico, el conocer al Nuevo Mundo por iniciativa particular. Cuando el que esto escribe era estudiante, veinte años ha, pudo pasar un año académico en la Universidad de Madrid y viajar ampliamente por toda España por un gasto total, incluido el viaje de ida y vuelta a España, bastante inferior a lo que cuesta actualmente

el billete de ida solamente, por vía aérea, de Londres a Río de Janeiro. Gracias otra vez al Consejo Británico, un número cada vez mayor de alumnos e intelectuales españoles, portugueses e hispanoamericanos, vienen ahora a pasar, éstos unos meses, aquéllos uno o dos años, de estudio e investigación en las Universidades británicas, corriendo sus gastos enteros a cuenta del erario inglés. Y cuando todavía no existía el Consejo Británico, así Oxford como Glasgow ya ofrecía becas para estudiantes argentinos. Aquí también sería muy de desear la reciprocidad, y parece que aquí también, para surtir efecto en la escala que se precisa, debía ser oficial. El verano pasado, debido a la generosa iniciativa de la Sociedad Anglo-Brasileira, de Londres, apoyada por la Casa do Estudante, de Río de Janeiro, y por líneas aéreas y marítimas de ambos países, fueron convidados tres estudiantes ingleses a pasar tres meses en el Brasil. Dificultades de último momento hicieron fracasar el proyecto, que es de esperar no se encarpete. Pero se presta, con todo, a una observación que creemos sugestiva. El estudiante europeo que no puede pasar todo un año académico en otro país suele visitarlo durante las vacaciones, pudiendo, a lo mejor, asistir a un curso de vacaciones, organizado precisamente para extranjeros. Ahora bien: aprovechando el accidente de que las grandes vacaciones universitarias en el hemisferio Norte caen, por regla general, dentro del año lectivo en el hemisferio Sur, al estudiante inglés se le abre la posibilidad, sin interrumpir el curso normal de sus estudios, de asistir, durante tres o cuatro meses del año lectivo, en una Universidad latinoamericana, al lado no de otros extranjeros, sino de los propios estudiantes del país, con ventajas que no hace falta encarecer.

Como habrá visto el lector, hemos preferido cargar en esta breve reseña lo que aún está por hacer, más bien que lo ya hecho o lo que se está haciendo. Con referencia a una parte solamente del mundo hispánico, podrá aquilatar el lector curioso, en una pequeña monografía escrita por el autor de éstas líneas y publicada últimamente por el Consejo Británico, bajo el título de *British Contributions to Portuguese and Brazilian Studies*, las credenciales

de la erudición británica en estas materias. Los años de la guerra se han visto nublados, en las Universidades de toda Europa, por preocupaciones nada propicias al cultivo desinteresado de las letras. Ahora, vueltos de las filas, así alumnos como profesores, se está pensando, no en recobrar, sino en superar el ritmo de antaño, y para los hispanistas británicos, el desafío en esto implícito se ve reforzado por la determinación arriba expuesta de dar plena cabida, en su hispanismo, a todo lo hispánico. Sirvan de muestra, en este terreno más extenso, dos obras de un precursor reciente, que ya hacen autoridad, la *Historia de la República Argentina* y *Los conquistadores españoles*, de Kirkpatrick, de la Universidad de Cambridge, y de aliciente el número latinoamericano del *Bulletin of Spanish Studies*, que se anuncia para un próximo porvenir.

